



Editor-propietario: GREGORIO ESTRADA.

Dirección y Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Directora: JOAQUINA BALMASEDA.

Año XXXV

Exclusivo para anuncios en FRANCIA, J. Y. Ferrer, rue Rennes, 71.

Madrid 10 Noviembre 1885

En Madrid, en la Administración, Doctor Fourquet, 7.

Núm. 42

EXPLICACION

de los grabados.

1 y 7. TRAJE PARA SALON.

Vestido de seda otomana y tul bordado con terciopelo y cristal. La falda, de tul, descansa sobre un plegado de seda con volante encima del mismo tul, colocado en ondas. Túnica de seda, abierta en pañeros, formando el pouf, sostenido con echarpe y lazo de terciopelo, y cuerpo de peto con cinturón de terciopelo anudado por delante, adornado de encaje en el cuello, manga y vueltas en fichú.

2. ENCAJE BORDADO RICHELIEU.

Lleva una aplicación de Valenciennes, para lo cual hay necesidad de trazar el dibujo sobre nan-zouk; se coloca el entredós de encaje y se sujeta á feston, haciendo del mismo punto todos los contornos del dibujo, y recortando despues con tijera muy fina todos los espacios del fondo para dejar en esqueleto el bordado y el encaje.

3. PUNTILLA DE CROCHET.

Principiase por una cadeneta lisa, sobre la que se hacen cuatro vueltas de ondas, que dan por resultado el cuadrito tan conocido, concluyéndose esta puntilla con unas estrellas que venden ya tejidas y que se van en-ganchando en la última vuelta, completándose con dos más que forman el borde de la puntilla.



4. Traje para salon. (Véase el núm. 7.)

4 y 5. ALFOMBRA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

Está hecha en cañamazo java, con los cuatro ángulos bordados con ramassuelas de miosotis, cuyo dibujo presenta aparte el núm. 5; empléase lana ó seda azul para las flores con la simiente amarilla, rosa para los capullos y dos verdes para las hojas, y madera para los troncos; el centro se borda á punto de cruz, y el borde puede hacerse á feston ó con una ruche de cinta despues de forrado por el revés con tafetan ó satinete.

6. ENTREDÓS DE CROCHET.

Puede servir para cortinas, stores, colchas y otros objetos, ejecutándose á lo ancho sin que ofrezca ninguna dificultad, por presentar el grabado con claridad los puntos; para stores ó cortinajes se hace con hilo grueso y se alterna con tiras de seda de su mismo ancho.

8. PUNTILLA DE CROCHET.

Presenta un dibujo de los más ricos, y se ejecuta atravesada como el entredós que acabamos de explicar, haciéndose todas las vueltas iguales, con la diferencia de alargarlas más ó menos para agrandar los picos; las ondas que la terminan se hacen despues de concluido el fondo, y puede ejecutarse con algodón blanco ó crudo para guarnecer cuellos de niños.

9. CESTA PARA VIAJE.

Es de junco fino, y lleva diferentes de-

partamentos para viandas y servicio, sujetándola con correas para llevarla con toda comodidad.

10. MESA COSTURERO.

Ahora que tantos muebles se hacen de junco ó mimbres, nos agradecerán nuestras lectoras este modelo útil y elegante. Es una mesa de junco, adornado de cordones y borlas de lana, con dos cajones en la parte superior, forrados de raso ó tafetan, con diferentes separaciones para los distintos útiles de costura; la tabla inferior, forrada igualmente, sirve para depositar la labor.

11. CANASTILLO DE DESPACHO.

Es de junco fino, forrado de seda y adornado por fuera de cordon y borlas de lana, destinado á recibir los papeles inútiles de un despacho.

12. VESTIDO PARA NIÑA.

Es de sanglier pan quemado, la falda plegada y el cuerpo de blusa con canesú cuadrado, y plaston sujeto por dos carreras de botones. Cinturon con aldeta, y sombrero de fieltro marron con terciopelo y plumas.

13. ABRIGO PARA NIÑA.

Es de limosina rayada con falda plegada á tablas, terminadas por fleco de madroños, y lazo de la misma tela por detrás. Completan el abrigo esclavina y cuello, adornado de iguales madroños, y sombrero de fieltro con terciopelo y plumas.

14. SOMBRERO REDONDO.

Es de encaje negro bordado de azabache, frunciendo sobre la armadura y con encaje al rededor; lazos y plumas le completan.

16. VESTIDO PARA NIÑO.

Blusa de cachemir azul con canesú redondo de terciopelo y biés al borde; cinturón, vueltas y cuello del mismo; las mangas, fruncidas, van recogidas con puño. Sombrero de fieltro con cinta y hebilla.

18. SOMBRERO DE TERCIPELO.

Es color bronce, la copa muy alta y el ala vuelta con biés de terciopelo bullonado por delante; forman el adorno echarpe de encaje y seda y una paloma blanca.

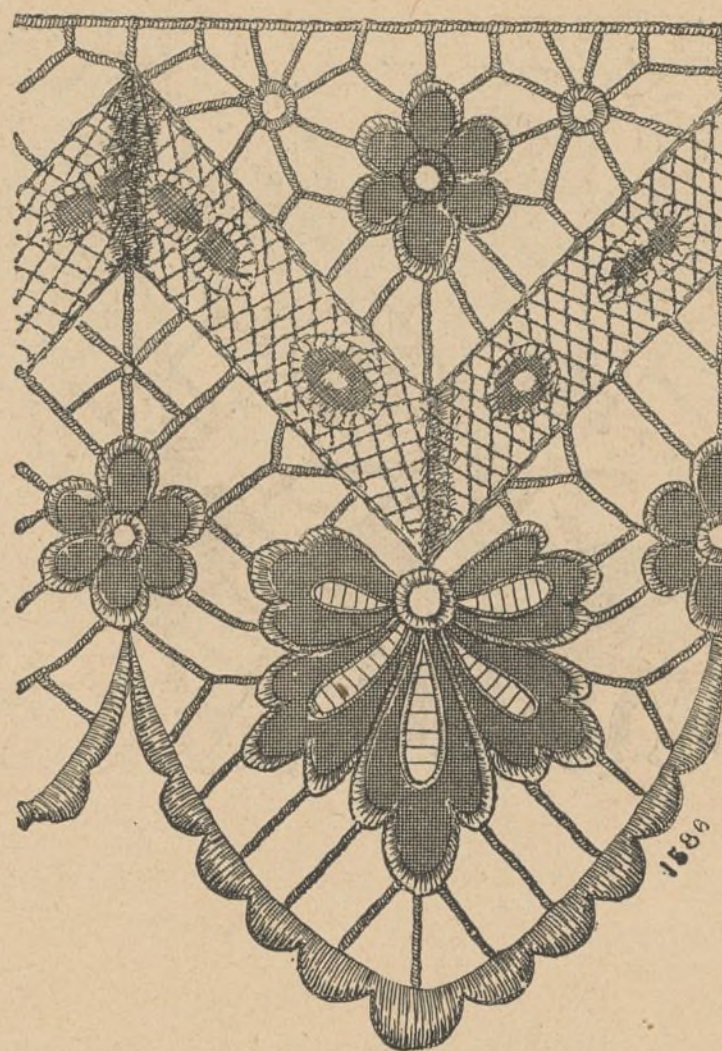
19. CHAQUETA LUISA.

Es de paño mirto, los delanteros con vueltas adornadas de grandes botones artísticos, y la espalda con pliegues en el talle; falda de cachemir bordado y sombrero de fieltro con plumas.

20. MANTELETAS DE INVIERNO.

1. *Visita de vigoña bouclé*.—Los delanteros son rectos y la espalda entallada con manga visita; una ruche de felpilla guarnece el abrigo y manga por delante, y al rededor va un ancho galon de lana con madroños de azabache; falda de cachemir y capota de peluche con grupo de flores.

2. *Manteleta visita*.—Es de paño frisé; las mangas salen del costadillo, y la espalda entallada con gran tabla desde el talle. La manga lleva tres galones de lana con pasamanería encima que se repite en la espalda, con cuello y guarnicion de astrakan; falda de paño y sombrero de fieltro con plumas.

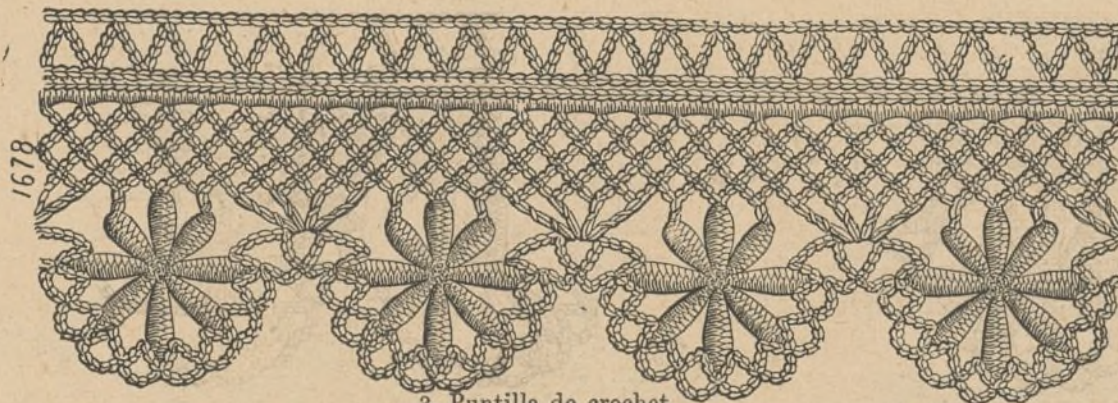


2. Encaje bordado Richelieu.

3. *Visita de cheviot*.—Los delanteros se prolongan en puntas cuadradas, adornadas como las mangas de trencillas y botones, guarneciendo al rededor el abrigo una tira de piel. Vestido de cachemir con tiras de terciopelo rayado, y capota de peluche con pájaro de colores.

21 y 17. VISITA TEODORA.

Vestido de limosina liso y de cuadro, la falda á paños y la túnica muy larga, presentada en los dibujos por ambos lados. Visita de paño cheviot enta-



3. Puntilla de crochet.

llada, con manga que sale del costadillo; terminándose por detrás con una guarnicion plegada del mismo paño. Cuello y guarnicion en la manga de castor, y sombrero redondo de fieltro, adornado de terciopelo y plumas.

JOAQUINA BALMASEDA.

BELLEZA DEL ALMA

NOVELA DE COSTUMBRES

original de la

SRTA. DOÑA CLEMENCIA LARRA GONZALEZ

CAPÍTULO XXV.

UNA LIMOSNA POR EL AMOR DE DIOS.

El sol naciente alumbró la miseria de Anton, como en el día anterior; pero ya no era el hombre embrutecido y degradado, su arrepentimiento lo rehabilitaba poniéndolo al nivel de los demás seres de la sociedad: tenía el derecho de la razón, el imperio de la voluntad.

Avergonzado de sí mismo se decía:

—¿Dónde me presentaré con este traje? me tomarán por un mendigo, por un ladrón y no querrán confiarme ni el trabajo de los jornaleros; si quedara alguna moneda entre mis harapos, aún pudiera alquilar un traje y tal vez encontraría quien me mandase trabajar.

Y registraba de un lado para otro, repitiendo angustiado.

—¡Nada! ni un céntimo!

Llegada la noche, que esperó con mortal angustia, se situó en una calle poco alumbrada, con la intencion de mendigar una limosna.

Mil veces extendió su mano al pasar los transeúntes, y otras tantas se ahogó la voz en su pecho sin articular una frase.

Así estuvo hasta la media noche.

Helado de frío y desmayado de necesidad, se dejó caer sobre el pavimento.

El roce de un traje de seda hirió su oído, y un delicado perfume se dejó sentir al pasar una dama de alta clase, á juzgar por su apariencia; así lo comprendió Anton, y quedó deslumbrado al ver el rostro de aquella mujer y el brillo de sus profusos diamantes.

—¡Es ella! dijo incorporándose como animado de una fuerza superior. ¡Sí, sí, qué sufra como yo, ¡qué se goce en su obra!

Y con ligero paso, se puso ante su vista, diciéndole:

—¡Rosalia, tengo hambre y frío, dame una limosna!

—Arrojad de aquí á ese miserable, dijo á un criado que la acompañaba.

Anton sintió afluir la sangre á su cabeza, y ciego de ira sacó un cuchillo de entre su rasgado traje.

Rosalía, aterrada, le tiró un saquillo con monedas.

Este, arrojándoselas al rostro, le dijo:

—¡Infame, no quiero tu oro, guárdalo, guárdalo para adornar tu cuerpo, y que oculte la fealdad de tu alma! No te mato porque tengo familia, que heredaría la deshonra de haber teñido mis manos en tu impura sangre. ¡Te desprecio!

Rosalía se retiró confusa y contrariada; semejante escena, ante un criado, por más que éste fuese fiel, le desagradó altamente.

Aquella noche no durmió, creyendo ver levantarse ante sí la sombra de su víctima, para exterminarla en su justa venganza.

Mas cuando los primeros rayos de luz alumbraron su elegante dormitorio, Rosalía dispuso sus temores, diciendo con indolencia:

—Soy demasiado bella, demasiado rica, para temer las asechanzas de un mendigo.

Anton, repuesto de aquel incidente, pensó en su cuchillo.

—Aún me queda esta alhaja, dijo.

Y con paso ligero se dirigió á una casa de mezquina apariencia.

El dueño debía velar, porque la puerta cedió sin dificultad.

En una ventana que servía de mostrador, lucía una miserable lamparilla.

Un viejo de aspecto grosero é innoble sacó la cabeza para reconocer al que entraba.

El huésped no debió gustarle mucho, porque su mirada se fijó en una pistola que tenía en un mueble inmediato.

—¿Qué quieres? preguntó asustado el viejo:

—Empeñar este cuchillo. ¿Cuán-

to se puede dar por él?

Al viejo debió parecerle buena prenda, pues fijándose en la empuñadura respondió:

—Tres duros es lo más que puedo darle.

—Vengan, pues.

El viejo dio el dinero á Anton, y éste, despues de examinarlo, se dirigió á la calle diciendo:

—No lo dejaré mucho tiempo en su poder, sería capaz de cambiarlo por otro.

Al siguiente día se compró un pantalon y una blusa.

—Esto es ya otra cosa, dijo: ahora me darán trabajo en alguna parte.

Con efecto; Anton volvió á empuñar el escoplo y el cincel, y aunque sus manos parecían demasiado finas para estar acostum-



4. Alfombra para pie de lámpara. (Véase el número 5.)



5. Dibujo de tamaño natural para el número 4.

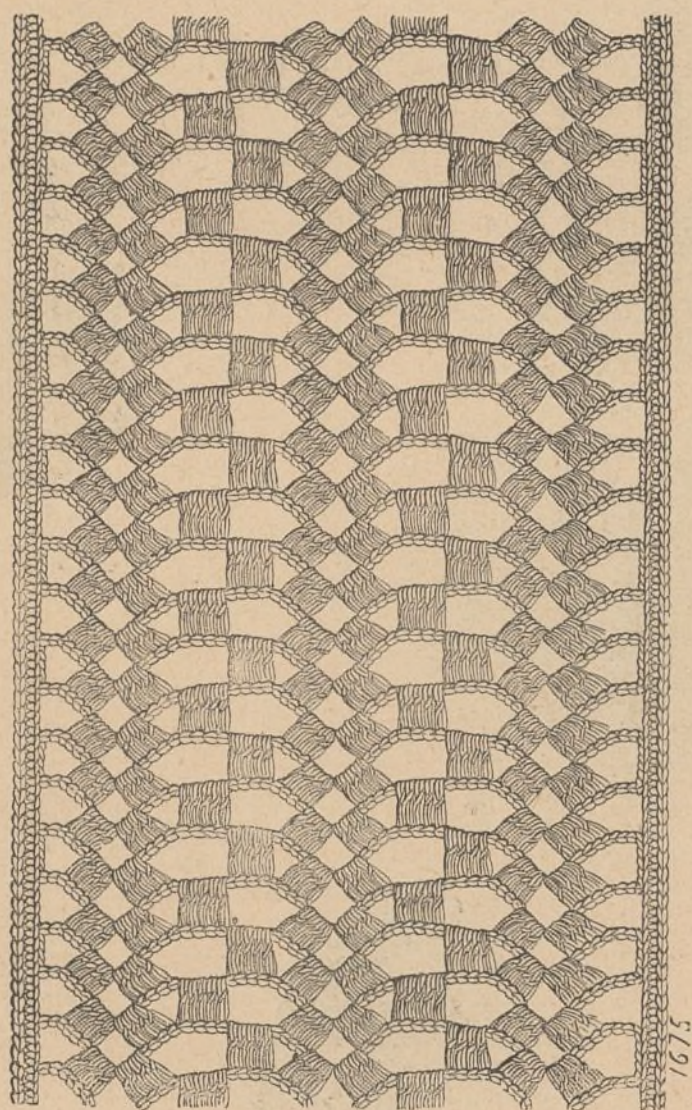


EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.
Calle Doctor Fourquet, 7. Madrid

bradas á las continuas tareas, nada dejaron que desear á su maestro.

Pasado algun tiempo, en el que reunió algunas economías, partió á Madrid, acariciando la idea de que su esposa perdonaría sus pasados extravíos.

Anton se despidió de su maestro, asegurándole su agradecimiento por la generosa proteccion

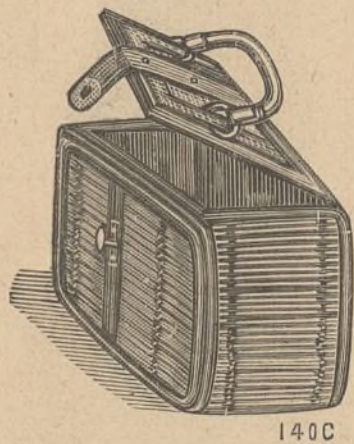


6. Intredós de crochet.

que le habia dispensado, y diciéndole:

—Tal vez vuelva muy pronto.

—Cuando sea, tendreis siempre un puesto en mi estudio.



9. Cesta para viaje



12. Vestido para niña.



7. Espalda de la figura núm. 1.

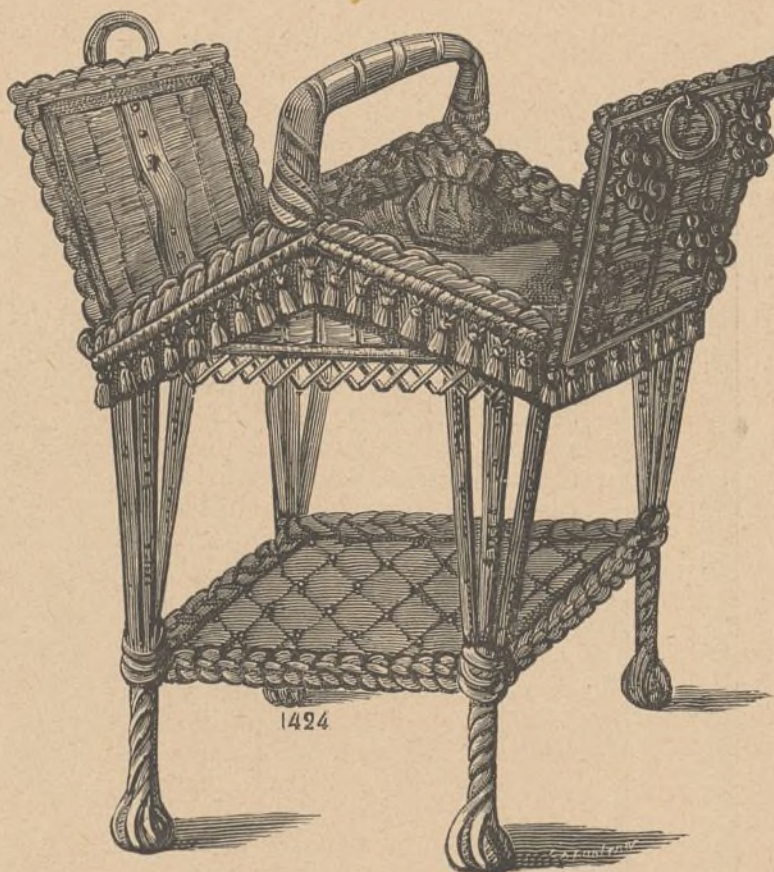
Y al quedarse solo, continuó:

—Anton es muy simpático, parece un hombre distinguido. ¿Qué misterio velará su vida?

CAPÍTULO XXVI.

YA ERA TARDE.

Anton no se habia engañado, Elia no solo perdonó su falta, sino que olvidando la anterior conducta de su



10. Mesa costurero de junco.

esposo, confiaba en su cariño con sincera expansion.

Este no era ya el hombre activo á quien sus negocios le abstraian de su esposa; por el contrario, amable y obsequioso, procuró con asiduo interés pagar el cariño de su mujer.

No diremos que Anton estuviese enamorado; pero la noble resignacion de su mujer y su desinteresado cariño, obligaron su gratitud. Todas estas satisfacciones no fueron suficientes á contener los estragos de su incurable enfermedad.

Elia avanzaba al último grado de la tisis; pero su corazon lleno de seductoras esperanzas, la alejaron de esta idea que solo martirizaba á su buena madre, la que con frecuencia se lamentaba de su desgracia diciendo á su yerno:

—¡Pobre hija mia! la ciencia es impotente para su mal, Anton! yo no puedo conformarme á la idea de perder para siempre este sér tan querido! ¡No gozar más contemplando su semblante! ¡No escuchar más sobre la tierra ese eco dulce, angelical, que resuena en mi corazon colmándole de inefable dicha, es un tormento!

¡Tú no sabes lo que se ama á una hija!

Tú ignoras el inmenso vacío que deja en el alma tan dolorosa separacion.

Y por la pálida mejilla de doña Elena resbalaban silenciosas lágrimas, que eran disimuladas con sonrisas, cuando el estado de su hija le permitia sorprenderlas.

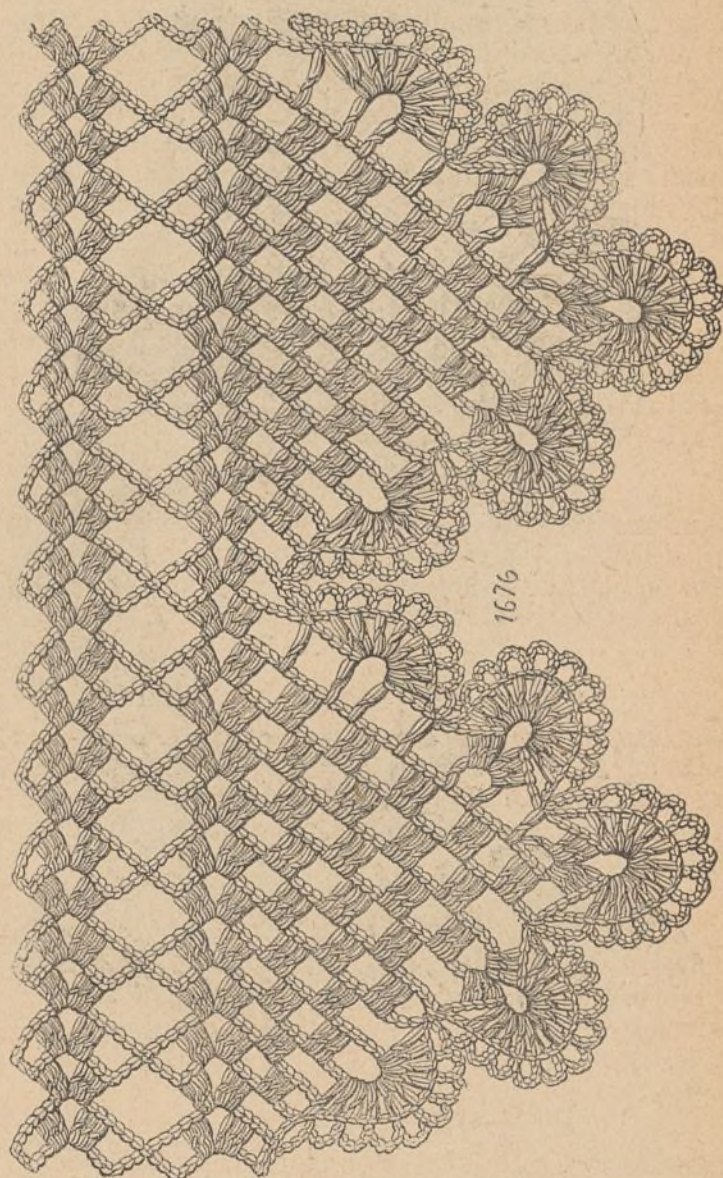
Elia era más feliz que nunca; iba á dejar la vida cuando más encantos poseia su soñadora ilusion.

La última vez que vamos á verla estaba lánguidamente reclinada sobre una butaca.

Vestia una sencilla bata blanca con lazos pálidos y otro del mismo color sujetaba su rubia cabellera.

Anton estaba á su lado, mostrándole unos dibujos que representaban un pasaje interesante. La madre cerca de ella, contemplándola con ansiedad infinita.

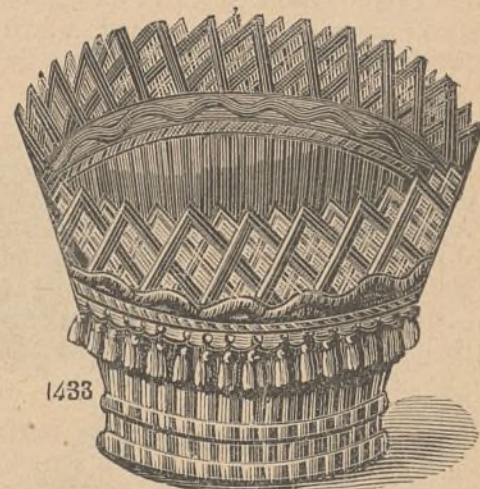
—¿Qué te parece este grabado? la interrogó su



8. Puntilla de crochet.

esposo, ¿es magnífico, verdad?

—Sí; me gusta mucho: en el museo está la obra completa de tamaño natural, cuando pueda salir me acompañarás tú á ver todas esas grandezas del arte.



11. Canastillo de despacho.



13. Abrigo para niña.



14. Sombrero redondo de encaje.

Elia, aún más exaltada, continuó:
—No; no quiero dormir, quiero mirarte como lo hago ahora, quiero escuchar tu cariñoso acento. Me parece un sueño que me amas con toda la efusión que ambicionaba mi fantasía. Cada momento que me separo de ti lo robo a mi felicidad.
—Tú no sabes que he sufrido mucho! ¡que mis ojos han derramado raudales de lágrimas! ¡que la tristeza amenazaba mi existencia!
—Pues bien; ahora estoy ávida de tu amor. Ya vivo, respiro con libertad, porque tú has vivificado mi alma.
—Ya no temo a la muerte, porque el espíritu es superior a la materia y no morirá.
Elia, desvanecida, dejó caer la cabeza sobre el brazo de Anton.
Este no se alarmó porque su esposa sufría repetidos letargos, mas al sentir su frente helada, palideció visiblemente.



19. Chaqueta Luisa. (Véase el núm. 15.)

Madrid tiene muchos centros recreativos donde distraer las horas. Verás cuánto nos vamos a divertir.

La vida tiene un nuevo atractivo para mí desde que te muestras más amante conmigo.

Encuentro una expansión, un bienestar inexplicable, me parece que cada objeto tiene un algo encantador que despierta la sensibilidad del alma, un algo que nos dirige a un centro de atracción, un algo que refleja la grandeza de Dios, que al crearlos tan distintos en su especie, dotó a cada uno de diferentes emanaciones, constituyendo todas el elemento de la felicidad.

Anton estrechó con dulzura la mano de Elia, diciéndole:

—No hables mucho, que te fatigas, procura descansar un rato, has pasado una noche muy inquieta y la tranquilidad te haría mucho bien.



15. Espalda del núm. 19.



16. Vestidura niña.



1. Visita de viñoña.

20. MANTILETAS DE INVIERNO.
2. Mantileta visita.

3. Visita de cheviot.

171A

se con febril agitación, exclamó con dolorido acento:
—¡Todos me han abandonado! ¡Julio! ¡Adelina! ¡Pablo! ¡Elia! Y sólo una estridente carcajada.

—¡Loca! ¡loca! repitió Anton, contemplando el extravío de su mirada.

Cumplidos los deberes de esposo, se dedicó al cuidado de doña Elena, con el mismo cariño e interés que si hubiese sido su madre.

No obstante su cariñosa asistencia, tardó medio año en restablecer su quebrantada salud y trastornado juicio.

Llegada esta época, dijo a su hijo político:

—Yo no quiero permanecer más tiempo en Madrid, vámonos a otra parte, a un pueblecito pequeño donde yo pueda vivir ignorada de todos.

Anton le manifestó con gran dificultad su indispensable separación, haciéndole presente las atenciones de padre e hijo.

—Haces bien, contestó la buena señora; para mí es un

pesar inmenso; pero el deber es ante todo.

Yo no quiero quedarme sola, y supuesto que ningún lazo me une al mundo, me retiraré a un convento, donde pueda dedicar mis días al recogimiento y oración, alcanzando así la quietud del espíritu.

Esta interesante señora quiso legar sus bienes a Anton, reservándose una modesta parte para cubrir sus atenciones; pero aquél, resistiendo a sus repetidas instancias, consiguió que los conservase para sí.

Algun tiempo después se alegró de ser rica.

Doña Elena, abandonando el claustro cuando el tiempo cicatrizó la herida de su pesar, se dedicaba a socorrer a los necesitados, cuyo ejercicio le alejó de sus pasadas ideas, proporcionándole tan virtuosa distracción larga y apacible vida.

CAPÍTULO XXVI.

NUEVOS PESARES.

La noche que vimos a D. José detener el brazo que debía herir de muerte a su hijo, volvió a su casa profundamente conmovido.

Anton, apelando al manantial de la ternura, había escrito una despedida tan conmovedora, que el anciano lloraba como un niño.

A la siguiente noche, inútilmente esperó la cita.

Su hijo no parecía a recoger aquella cantidad depositada; era más que probable que no volviera a verlo en mucho tiempo.

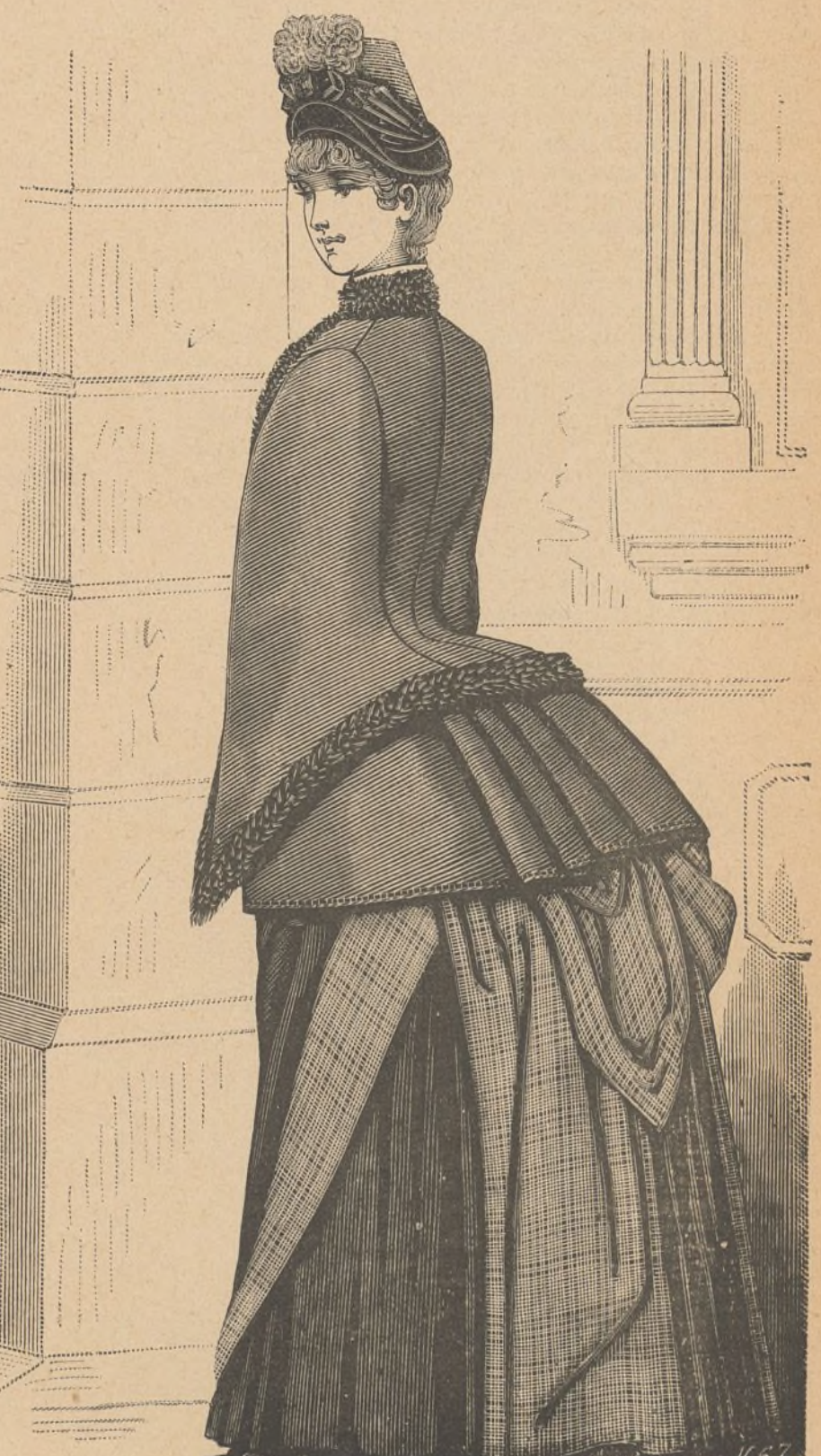
—¡Pobre hijo mío! repetía aquel bondadoso padre. ¿Cuál será su suerte?

Cansado de esperar una y otra noche, depositó la suma de su nieto donde no hubiese exposición a perderse, la que se había reservado para sí, apenas alcanzaba para satisfacer las deudas que sus necesidades y las de aquella familia a quien miraba como suya, le habían precisado hacer.

Así que en poco tiempo volvieron al mismo esta-



18. Sombrero de terciopelo.



21. Visita Teodora. (Véase el núm. 17.)

Ayuntamiento de Madrid

do de pobreza en que se encontraron, cuando arrasado por ésta, imploraba como vergonzante la caridad de su hijo.

El trabajo de Anita volvió a quedar reducido a una mezquindad.

Aquella señora, tan caritativa otros días, no volvió a interesarse en su favor, rehusando prestarle pequeñas cantidades para sus apuradas situaciones.

La pobre joven, sacrificando una pequeña parte de su jornal, lo aventuraba a la lotería, donde creyó que alguna vez encontraría una pequeña fortuna, creciendo su fe a medida que las circunstancias eran más apremiantes.

Llegó un día, en el que Anita dijo resueltamente: —Hoy tendré un premio; dudar sería ofender a la Providencia que tiene a su cuidado a los pobres y desvalidos. El último plazo para arrojarlos de la casa está dado, y D. José se morirá de vergüenza si no pudiese pagarlo y le hicieran sufrir la humillación de arrojarlos a la calle.

Ya no tenemos ni muebles ni prendas; en igual circunstancias, tocó Dios en el corazón de la buena señora para anticiparme aquella suma.

¿Quién sabe! acaso hoy, animada por el mismo sentimiento, acceda a mi petición, y aún quizá mañana me repita como entonces:

«Anita, su trabajo de V. merece doble, y yo no obraría con justicia guardándolo en mi favor.»

Animada por esta idea, se dirigió a entregar la costura, y al paso vio fijar las listas en la puerta de una administración de loterías.

—Luego volveré; primero a la tienda, y si aquella señora no me consuela, como entonces, vendré segura de encontrar aquí un socorro.

Haciendo mil soñadores cálculos llegó al establecimiento de costura y entregó su labor.

La dueña no estaba, y había dejado orden de que la esperase, pues tenía que hablar con ella.

Anita, sintiendo un gozo inexplicable, se dijo:

—Ya lo sabía yo; hoy era imposible que yo me fuese con los seis reales que apenas nos alcanzan para nada.

¿Qué contento se pondrá D. José con esta agradable sorpresa!

Mi tía Faustina dejará de censurar la poca caridad de todo el mundo, y se convencerá que ésta no puede extinguirse nunca, porque como hija de Dios, es eterna, como el Ser de quien procede.

La dueña se presentó ante Anita, y ésta le salió al encuentro con el corazón henchido de esperanza y la sonrisa en los labios.

—Parece, repuso la señora, que vuestra situación ha cambiado ventajosamente. ¿Qué verdad es que la cara es el espejo del alma: está V. hoy desconocida.

—Señora, contestó Anita animada por aquel exordio que ella creyó la introducción a un aumento de sueldo o préstamo, yo conservo íntegra la fe de mis creencias, sin que ninguna situación me haga olvidar de la protección de un Padre todopoderoso, que tocando el corazón de los seres que nos rodean, tienen su brazo para amparar nuestra miseria, por eso beso la mano que me ayuda y bendigo al Ser que la mueve.

—¡Magnífica teoría! ¿Y no se le ha ocurrido alguna vez, que esa mano que V. cree movida por Dios, obedeciera al egoísmo, y al comprar la gratitud exigiese una afrentosa recompensa?

Anita, aturdida ante aquella injusta observación, no supo contestar: solo había recibido favores de su mano. ¿Cómo dudar fuesen movidos para obligarla a un siniestro fin? ¿Cómo esperar de ella una exigencia indigna? ¿Ni qué pudiera pedirle una señora que merecía la confianza de muchas familias?

Así que, fijando en ella una intensa mirada, continuó:

—Señora, no comprendo lo que quiere V. decir. Esta, por toda respuesta, abrió el cajón, entregándole su jornal con algún desprecio.

(Se continuará.)

EL OTOÑO.

I.

Ya las brisas otoñales,
Cargadas con los aromas
De los sazonados frutos
Que nos ofrece Pomona,
Vienen a orear la tierra
Que la llama abrasadora
Del ardiente sol de Agosto
Convirtió en árida y hosca.
¿Qué bellos están los árboles
Con las tintas melancólicas
Que prestan a su ropaje
Las amarillentas hojas!
De las vides aromadas,
Por entre las ramas torvas,
Pende dorado racimo
De que el néctar se elabora,
Que ayuda a llevar las penas
Y ricos ensueños forja.
La humilde abeja destila
La dorada miel sabrosa,
Mientras la afanosa hormiga
El rubio grano atesora.
¿Cómo balan los corderos
Y en el aprisco retozan,
Y de rizados vellones
Para el invierno se adornan!
¿Cómo los pájaros trinan

Y se arrullan las palomas,
Y se adoran los amantes
Del emparrado a la sombra!
¿Cómo las fuentes murmuran
De unas y otras envidiosas,
Mientras de líquidas perlas
Las verdes orillas bordan!

Del sol los oblicuos rayos
De mil arabescos bordan
La blanca y menuda arena
De la alameda frondosa.

Por entre las verdes ramas
El ardiente disco asoma,
Mientras el cielo se pinta
De ópalo, granate y rosa.

¿Cómo los cansados bueyes,
Con su marcha perezosa,
Llevar al lagar las uvas,
Mientras las alegres mozas
Les adornan las testuces
De cintas verdes y rojas!

¿Cómo los vendimiadores,
Ante las cepas añosas,
Lanzando alegres cantares
De su fruto las despojan!

¿Qué mañanas tan risueñas!
¿Qué tardes tan misteriosas!
¿Qué brisas tan perfumadas!
¿Qué flores tan melancólicas.

II.

Pero el Aquilon despierta,
Muestra al cielo su faz torva,
Y de pavorosas tintas
Se cubre la tierra toda.

Los árboles, azotados
Por sacudidas nerviosas,
Pierden sus alegres galas,
Ruedan al suelo las hojas,
Y el huracán las arrastra
Y en el cieno las arroja.

El sol oculta su disco,
Los arabescos se borran
Y en lodazal se convierte
La bella alameda umbrosa.

Solo pardos nubarrones
El firmamento decoran;
Ya no le adornan las tintas
De ópalo, granate y rosa.

Quedan desnudas las vides,
Y de las alegres mozas
No se escuchan los cantares;
Ni los corderos retozan,
Ni sonríen los amantes
Del emparrado a la sombra;
Que el ronco bramar del cierzo,
Que los cercados azota,
De galas y de perfumes
Todo, todo lo despoja.

III.

¡Ay! ¡Otoño de los campos!
Estación encantadora,
Rival de la Primavera,
Rica en frutos y en aromas,
Con nubes de grana y oro
Con brisas murmuradoras,
Con arroyuelos parleros,
Con abejas a'anosas,
Con afanosas hormigas,
Con avejillas conoras,
Con saltadores corderos,
Con bellas y alegres mozas,
Y con bueyes perezosos
A quienes ellas adornan:
Con palomas que se arrullan,
Con amantes que se adoran,
Con jornaleros que cantan
Mientras las vides despojan,
Con mañanas perfumadas
Y con tardes misteriosas
Del otoño de la vida
Imagen aterradora.

IV.

Cuando, pasados los años
De la primavera hermosa
Y del riguroso estío
Las calenturientas horas,
Ya no acarician la mente
Aspiraciones de gloria,
Ni la llama del deseo
Nuestro semblante colora:
El viento del desengaño
Las ilusiones deshoja
Que engalanó el pensamiento
De ópalo, granate y rosa.
Del dolor los huracanes
Todas las veredas borran
Que un día bordó de flores
Nuestra fantasía loca;
Y si sazonados frutos
De amor y virtud no adornan
Del hogar el santuario,
Y a su protectora sombra
No podemos guarecernos
Contra el vendabal que azota
En los días del invierno
Nuestra existencia azarosa,
¡Ay, otoño de la vida,
Qué siniestra es tu faz torva!

SOFÍA TARTILAN.

RIQUILDA

LEYENDA ORIGINAL

A LA SRTA. D.^a CAROLINA FERNANDEZ Y GARRIDO.
I.

Como cuando en sueños halagadores creemos vivir, aunque momentáneamente, en espacios ideales, y surge evocada por mágico conjuro la fantástica sombra de un sér adorado, cuya vision nos está privada, así en una deliciosa noche de Mayo aparecieron por uno de los toscos miradores (1) del vetusto castillo del ilustre duque Theudimer, los encantadores contornos de su noble hija Riquilda, a poco de haber resonado débilmente el eco de una trompa de caza tocada de extraña manera.

Riquilda es el tipo más perfecto de la mujer goda: de carácter dulce y altivo a la par, de talle esbelto y de mirada tan arrebatadora, que bastaba tener la dicha de verse por un instante retratado en sus ardientes pupilas, para que una hoguera inextinguible, con abrasador y violento impetu, se encendiese en el corazón del mortal que tal felicidad lograba. Y decimos esto, porque Riquilda, encerrada con su anciano padre entre las ennegrecidas paredes del antiguo castillo, apenas si tenía trato más que con aquél y sus fieles servidores.

La belleza de Riquilda rayaba casi en lo increíble. Ni las avasalladoras y fatales hermosuras de Helena y de Cleopatra que causaron las desgracias de Troya y del Egipto; ni las perfecciones de Tisbe y de Hero, engendradoras de las trágicas y sentimentales muertes de Piramo y de Leandro; ni las formas tentadoras de Proserpina y la célebre estatua de Pigmalion; ni la subyugadora expresión de la joven Polixena, vencedora con sus hechizos del invicto Aquiles; ni la virginal candidez de Rebeca; ni la arrogante figura de Judith; ni la olímpica majestad de Esthé, podían osar, no ya exceder, pero ni aún igualarse a la incomparable vestal que tenía por templo aquella tétrica fortaleza. Riquilda, como todas las nobles godas españolas, no se mostraba orgullosa de los dones que el cielo, con pródiga mano, había derramado en abundancia suma sobre ella; corriendo parejas su recato y discreción con sus cualidades físicas.

Digimos, pues, que Riquilda había asomado su lindísima faz por uno de los sencillos miradores del castillo, al sentir el misterioso aviso de una trompa de caza, y así fué en efecto. Dos minutos después, una escala pendía desde el mirador, asegurado por fuertes barrotes de hierro, y un apuesto doncel subía con la velocidad del rayo por aquella, llegando hasta lograr afianzarse a las rejas del mirador.

—¡Ingrato! pronunció una voz quedamente, no tanto que dejase de imitar el más armonioso coro de celestes querubenes.

—No me llames así, por nuestro Dios, Riquilda; que si a tí se te figuran siglos los quince días que hace no nos vemos, a mí cada vez que el rey de los astros salía nuevamente y no herían mi corazón los rayos de esos soles mil veces más bellos que adornan tu rostro, me parecía que el mundo terminaba, y que el alma se me iba a escapar del pecho sin darte el postrimero adiós.

El gallardo asaltante que así hablaba, demostraba por su traje pertenecer al servicio del rey; y por su talante se advertía, a pesar de dominar en él los rasgos característicos de la raza goda, que sangre romana corría por sus venas.

—Alegres nuevas son las que te traigo, Riquilda. Desde que no nos hemos visto, mi estado ha sufrido una transformación repentina. Soy noble. Mi padre es duque, como tu padre, y puedo por consiguiente aspirar a llamarte mía delante de todos, como aquí a solas, y cual si cometiésemos un delito, te nombro. ¿Me preguntas cómo ha sucedido esto? Voy a satisfacer tu natural curiosidad. Hace el mismo tiempo que dejé de venir: aquél a quien yo creía mi padre, por designios inescrutables de Dios, vió acercarse apresuradamente los últimos días de su vida. Pronto a espirar, me llamó con gran cautela, me hizo arrodillar ante él, y con las manos impuestas sobre mi cabeza, me dijo con un tono que me partió el corazón: «¡Hijo mío, yo no soy tu padre!» Confíesote, Riquilda, que lloré. La escena era terrible; estaba solo con un moribundo, el espíritu de la muerte se cernía sobre una persona a quien yo siempre había creído deber la existencia, y en aque-

(1) Es un error creer que los templos, castillos y palacios de los visigodos presentaban la forma majestuosa y primorosísima de la arquitectura gótica. El estilo germánico es muy posterior al tiempo en que acaecieron los imaginarios sucesos de esta leyenda. Por los restos que de las edificaciones visigóticas han resistido la acción demoladora del tiempo, podemos juzgar que debieron ser muy toscas y sencillas. Lo que refieren algunos historiadores árabes, de que a los infieles africanos les a' miró sobremanera la suntuosidad y hermosura de los templos católicos, debe ser una de tantas exageraciones como campean en sus obras; si bien debe estar fuera de duda que las catedrales de las principales diócesis reunirían condiciones de capacidad y belleza compatibles con los adelantos arquitectónicos de aquel tiempo y aquella raza, sobre todo teniendo en cuenta la entusiástica religiosidad de los españoles. Lo que verdaderamente habrían de ser notables, serían los adornos interiores de las iglesias. Especialmente los objetos destinados a la celebración del Santo Sacrificio, toda vez que el oro y la plata se recogían en abundancia, y los visigodos se distinguían por trabajar estos metales con gran arte.

llos momentos supremos me descubria un secreto que ni siquiera habia sospechado. Lloré, Riquilda. Yo no tenía padre: yo era un miserable quizás, recogido por la caridad de un hombre honrado; á mí me parecía en aquel instante ver escenas sangrientas, un crimen horrendo, yo, víctima inocente de él, arrojado sin compasión como fruto emponzoñado, como un sér despreciable donde nadie pudiera condolerse de mí, y ampararme en mi desgracia; y seguía viéndote á tí, airada, revolverte en contra mía, y escupirme el rostro, y llamarme infame, y sentí que te perdía para siempre. No puedes imaginarte cuánto sufrí al oír revelacion tan terrible.

Por las aterciopeladas mejillas de Riquilda rodaron dos perlas de valor inapreciable, y exclamó: —Por Dios, Siseberto, no digas cosas tan tristes cuando la alegría debe embargar nuestros corazones.

—Dices bien, Riquilda; ¿á qué provocar en tí el llanto, cuando cada vez que contemplo una lágrima pendiente de tus ojos me hierve la sangre en el pecho, rujo como una fiera, y sería capaz de despedazar al impío que causara en tí la menor pena? ¿Por qué yo me lo consiento? Pues bien, mi padre adoptivo siguió así: «Reinaba el buen Wamba, y los valientes vascos se rebelaron contra él. El anciano pero bravo rey, que veía perdida su monarquía, pues la insurreccion cundía por todos los ámbitos de sus dominios, y áun le amenazaban del exterior, acudió primero á apaciguar los vascongados para proseguir la guerra contra los demás enemigos. En un choque que hubo entre nuestros ejércitos y los del rey, cuando los de éste iban persiguiendo á los primeros, muchos vascones, huyendo, nos internamos por las fragosidades de nuestras montañas, y volviendo atrás nos acogimos á un pueblo que aquel día se habia sometido á los godos.

Cerca ya de las murallas, llamé mi atención un llanto lastimero, descubriéndote recostado á la sombra de un corpulento olmo. Sin duda tu padre, aunque no pueda explicarme por qué causa, te llevaba consigo; y dejándote tal vez al cuidado de algunos de sus servidores, pues por tu traje revelabas pertenecer á noble familia, te abandonaron en ocasión que yo pude recogerte. Así lo hice y seguí huyendo. Tú tendrías cuatro años. Te continué criando en mis cántabras montañas sin decir jamás á nadie una palabra, una palabra acerca de tu origen, pues siempre me parecía te iban á arrebatarte de mi lado: tal ha sido mi cariño hacia tí. Hace tres años nos trasladamos á Toledo, tomándote Ervigio á su servicio como doncel. Todos, pues, te creen mi hijo; pero ahora que estoy pronto á comparecer ante Dios, con la conciencia limpia, te digo: «Tú no eres mi hijo; tu padre debe ser noble, búscalo, y si por algo puede servirte, allí tienes las ropas con que te hallé! Perdoname, hijo mío, si por veinte años te he robado el cariño de tus verdaderos padres; perdóname, y que el Señor te bendiga como yo lo hago. «El anciano Ilan me apretó convulsivamente la mano, helada como el mármol, y espiró. Yo le llamé padre! que tal se portó conmigo mientras vivió, que el mío no podría haberme tratado con más cariño. Sin embargo, en posesión de aquellos antecedentes, comencé á hacer averiguaciones, y conté al rey mi historia. ¡Si hubieras visto, Riquilda! Ervigio me abrazó y me dijo que mi padre era el duque Idacio, su gobernador en Sevilla. Idacio ha desahogado diferentes veces en Ervigio la pena que le atormenta por la pérdida de un hijo con las mismas circunstancias y el mismo tiempo mío; pérdida que todos ignoran. El rey ha despachado correos á Sevilla noticiándole secretamente la alegre nueva, y ya mi padre tardará pocos días en llegar á Toledo. ¡Qué felices somos, Riquilda!

Aquí enmudeció el tierno amante. Los ojos habian hurtado á la voz sus oficios; y entonces ¡oh! entonces, ni el sanscrito con su antigüedad venerable, ni el griego con su rítmica armonía, ni el latín con su majestuosa entonación, ni el castellano con su rica copia de vocablos, poseen palabras suficientemente expresivas para poder comunicar á un tercero, en toda su elocuente sublimidad, los pensamientos que los verdaderos enamorados se comunican en aquellos dichosos instantes.

Un cuarto de hora despues, un beso ardiente era depositado por los trémulos labios del mancebo en la nivea mano de Riquilda; y diciéndola él: «¡Dios te guarde!» y contestándole ella: «¡Contigo vaya!» desapareció el primero por la escalera, mientras la luna dibujaba su silueta en el negruzco paredon.

Casi al propio tiempo hendió los aires un venabulo, que pasó rozando la cabeza del doncel.

Siseberto, caballero en un fogoso potro, partió al galope hacia Toledo, mientras de entre la oculta maleza que daba frente al castillo, salía un hombre armado, exclamando:

—¡Ira de Dios, esta noche se ha escapado! ¡Mal-dito sea!

JUAN PEDRO CRIADO Y DOMINGUEZ.

(Se continuará.)

EL FAVORITO DE CARLOS III

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DOÑA ANGELA GRASSI

(Continuación.)

Enigmas indescifrables eran estos que los cortesanos no acertaban á resolver, y que les hacían abandonarse á las más extrañas conjeturas.

Como quiera que sea, la suerte de Cecilia y de su

hermano era muy triste, y solo la dulcificaba el maternal desvelo de la anciana.

Cuando ésta vió aparecer á la que llamaba hija, envuelta en un negro manto, pálida y sin aliento, exclamó con ansiedad:

—¿Qué es esto? ¿Qué os ha sucedido? ¡Oh, cuánto he sufrido en esta interminable noche! ¡Al amanecer he visto volver á la dama del cuarto principal, y cuando he bajado á preguntarla por vos, se ha negado á recibirme!

—Ya os lo contaré todo, mi buena Beatriz; ¿pero qué hace Enrique?

—Ayer trabajó hasta muy tarde y aún no se ha levantado!

—¡Gracias al cielo!

—¿Pero qué ha sido esto?

—¡Pluguiese á Dios que nunca hubiera ido á ese baile!

—¡Esto era casi imposible! ¡La señora lo tomó con tanto empeño! ¡Después que ella misma os regaló ese traje de su difunta hija, hubiera sido hacerle un desaire no condescender á su deseo!

¡Pero estais tiritando de frío! ¡Venid, tomareis una taza de leche caliente que os tengo preparada.

—¡Mi pobre Beatriz, cuán buena sois!

—¡Que no lograste yo veros dichosa! ¡Sin embargo, no olvido que el rey os prometió su apoyo; pero los poderosos no se acuerdan de que se necesita dinero para vivir! ¡No os parece inconcebible su conducta?

—Es nuestra suerte, Beatriz; resignémonos con ella; pero oigo ruido en el aposento de mi hermano: ¡oh, que no me vea aún con este traje!

Y Cecilia se desnudó apresuradamente, poniéndose su sencillo vestido de todos los días; pero aún no habia concluido su tarea, cuando Enrique entró con aire risueño en la estancia.

—¿Te has divertido mucho, querida hermana? la preguntó abrazándola.

—¡Oh, mucho no! tartamudeó la jóven turbada, ¡estaba entre personas á quienes no conocía!

—¿Pero tú nunca habias asistido á las brillantes fiestas de una sociedad escogida?

—¡Oh, no; pero prefiero mis sencillos bailes campesinos! ¡Allí nadie llora, allí nadie se complace en desgarrar el corazón de los demás con sátiras punzantes!

—Porque tu buena suerte no te haya hecho experimentar sinsabores en el campo, Cecilia mia, no debes conjeturar por esto que no existen. Lejos de ser así, advierte que los zarzales y abrojos crecen más en las desiertas llanuras que en los jardines, de donde los destierra un esmerado cultivo. Por lo demás, si la naturaleza ha dado espinas á la rosa, las ostentará donde quiera que florezca, solo que su más ó menos balsámico perfume, nos hará despreciar la sangre que brote de nuestros dedos al cogerla! ¡El hombre en todas partes es hombre; pero el desarrollo de su inteligencia cubre con un manto de oro sus miserias!

Pero dejemos eso; tengo que darte una buena noticia y no sé cómo decírtela. Temo que tu corazón de niña se sobrecoja al oírla.

Anoche hice, como de costumbre, mi tertulia al rey, el cual me dijo con conmovido acento:

—Enrique, he querido poner á prueba tu delicadeza, y estoy contento de tí. ¡Mucho he sufrido con mi estudiada dureza; pero has salido triunfante de la prueba, y soy en extremo dichoso con poder darte la recompensa! Voy á realizar el sueño que te traje á España; voy á ponerte en posición de que lleves á cabo tus inspiraciones, y de que hagas todo el bien que anhelas. ¡Quiero ver si el poder te ciega, quiero ver si el filósofo se convierte por segunda vez en hombre! ¡No lo creo, no lo espero! Créo, por el contrario, que serás digno de mi confianza, digno de tí mismo, y que darás un mentís á esa turba de cortesanos que te injurian.

Estoy descontento de mi ministro de Hacienda: tú obtendrás entre tanto su cartera.

—¡Y aceptaste, hermano mío!

—¡Acepté!

—¿Por ambición?

—¿Por deber!

—¡Ah, preveo muchos sinsabores!

—¡Las tempestades purifican la atmósfera; los sinsabores fortalecen el alma!

—¡Y si sucumbes en la lucha!

—Fácil le es al marinero evitar los escollos cuando sabe que existen....

—¿Y si el vendabal arroja sobre ellos su frágil barca?

—¡Entonces alza las manos al cielo y ora!

Cecilia bajó la cabeza y guardó silencio.

—El rey añadió, dijo Enrique: sé que vives en suma pobreza, y eso no cumple á un ministro de la corona.

Desde mañana tendrás habitación en palacio, coche de mi real casa y muchos criados que te sirvan, porque á menudo acontece, que imposibilitado el funcionario público de sostener el decoro de su posición social, se acostumbra á las dilapidaciones.

Mientras hablaba así Enrique, paró un coche á la puerta de la casa, y un alto empleado de palacio subió la tortuosa escalera.

La dama del cuarto principal salió desalada á su encuentro.

—¿A dónde vais, Obregon? le preguntó: estaba en la ventana y os he visto entrar.

—¡A casa del conde de Sotofiel, nuevo ministro de Hacienda!

—¿Qué decís!

—¿No sabeis que es el favorito del rey?

—¿Y su hermana?

—¡Habitará con él en palacio; la reina la protege! La dama se lanzó delante de Obregon y subió de cuatro en cuatro los escalones, llegando sin aliento á la estancia de Enrique.

—¡Hija mia! exclamó estrechando á Cecilia entre sus brazos; ¡vengo á pedirte perdón por la escena de anoche!

—¿Qué escena? preguntó Enrique.

—¡Oh, nada, nada, se apresuró á decir Cecilia; como nadie me conocía, nadie me invitó á bailar!

—¡Eso es! exclamó la dama contenta de ver que la jóven se encargaba de su defensa. En fin, creo que no me guardareis rencor, porque ninguna parte tuve en ello.

—Y si la tuvisteis, os perdono, respondió Cecilia con frialdad.

(Se continuará.)

PATRON CORTADO.

Siguiendo la costumbre establecida por la empresa de EL CORREO DE LA MODA, repartimos en el presente número el modelo del traje de niña representado por la fig. 12. Consta de cuatro piezas, á saber: *espalda, delantero con costadillo unido, canesú y manga* de encima.

Para confeccionar este lindo vestido se corta primeramente el forro con arreglo al patron, no sin haber repasado de antemano su tamaño con las medidas tomadas, y despues de ensayado se corrigen los defectos con entera igualdad. Seguidamente se toman dos altos de tela, los cuales se pliegan convenientemente en sentido vertical al pecho. Una vez planchados estos trabajos, se coloca el modelo de percalina por el lado interior, hilvanándole con cuidado y esmero. En tal disposición se recorta su rededor, dejando el hombro descubierto para cubrirle con el canesú. Este se hilvana despues de montados los hombros, tomando parte de la espalda, tal y como se demuestra en el citado grabado. Terminado el cuerpo, se unen las mangas, colocándose los accesorios y el cinturon segun la moda.

CESÁREO HERNANDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

FIG. 1.^a *Traje para concierto*.—Vestido de siciliana, raso y terciopelo violeta: la falda, redonda, va orillada de volante de encaje sobre plissé de raso: polonesa de siciliana abierta del pecho hasta el tallo, y recogida en paniers, que van á unirse con los paños de atrás que se prolongan en cola: gran cuello de terciopelo, de que bajan tirantes y presillas sobre el plaston de encaje á formar el peto, y ancha tira de terciopelo alrededor de la túnica. Mangas cortas de encaje, y guantes de Suecia color perla.

FIG. 2.^a *Vestido para baile*.—Es de siciliana color *mil fuegos*; la falda redonda, formada la parte de adelante con bullones y frunces, y terminando con volante plegado, y quillas de pliegues con la parte de atrás ligeramente drapeada sobre un plissé: sobre esta falda va otra de encaje blanco drapeada con pasamanería de terciopelo y cristal, que se repite en el hombro sobre la manga fruncida de encaje blanco. Cuerpo de peto abierto sobre fichú interior de encaje: guantes de piel de Suecia color paja.

Los *Depilatoires Dusser* destruyen hasta las raíces del vello importuno, asegurando la desaparicion definitiva. Mas de 50 años de éxito permiten dar la más solemne garantía. —Dusser inventor, 1 rue J. J. Rousseau, París.—Madrid, en las perfumerías Pascual, Frera, Inglesa. En Barcelona, en casa Lafont y Compañía

CORRESPONDENCIA

DIRECTIVA.

Ochogavia.—D.^a T. B.—Estará perfectamente el sombrero como me dice, ya sea de la forma capota ó redondo, hecho en tela y adorno igual al traje.

Madrid.—D.^a R. C.—Puedo proporcionarle lo que me encarga, una profesora de flores para ir á su casa, persona muy fina y á quien le gustará tratar. Puede enviar por las señas á esta direccion.

Tudela.—D.^a N. de A.—Ha venido en efecto el perfume que esperaban en la *Perfumería Inglesa*, á donde puede enviarse á pedir. Se llama *Bizantino Theodora*, y será el adoptado este invierno por el mundo elegante.

La Bisbal.—D.^a E. P. y M.—Hay dos medios de pasar el dibujo al veludillo, siempre empleando el *estorcido*, que es picar el dibujo, prenderle encima y pasar una muñequita con albayalde en polvo: levántese el papel con cuidado y se pasa un lápiz encarnado, ó si se quiere más firme el dibujo, se hace una masilla clara con albayalde y azúcar, y con una pluma de los dientes, se pasan todos los perfiles y se deja secar. Este sistema tiene el inconveniente de que si no se cubre bien con el bordado, salta difícilmente.

Torrevecija.—D.^a R. T.—Enviados los dos libros que pidió y cuyo importe son tres pesetas, dos de la *Mujer sensata* para las suscriptoras y una la *Madre de familia*.

Alicante.—Una suscritora.—Puede V. poner en su comedor papel estampado sobre fondo madera, sujeto á paños con medias cañas negras, mesa y sillería de roble tallado y tapizada ésta de gamuza, con sillones iguales junto á la chimenea, que tendrá encima espejo con marco y copete de roble, haciendo juego con uno ó dos aparadores, segun el tamaño del comedor, y todo en el mismo estilo de roble. Lámpara de bronce, platos pintados japoneses colgados de las paredes, y licoreras, vajilla rica en los aparadores, porta botellas u otros objetos de mesa. Sobre la chimenea jarrones con flores, y si se quiere más riqueza, transparentes en los balcones ó cortinajes de Yute en color oscuro. Si no hay chimenea, no debe haber espejo, sino más bien un cuadro de caza sobre un divan: para lavarse las manos un depósito de agua con su llavecita, que las venden á propósito.



GRANDES ALMACENES DEL
Printemps
NOVEDADES
PEDIR

el **MAGNÍFICO ALBUM**
ILUSTRADO conteniendo 498
grabados de los nuevos mode-
los de la estación.

Se remite gratis y franco á
quien lo pida por carta fran-
queada dirigida á

MM. JULES JALUZOT & C^{ie}
PARIS

Se remiten igualmente franco las
muestras de todos los tejidos
que componen el inmenso surtido
del **PRINTEMPS**.

Remesas á todos los Países del Mundo.

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO
BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASISIS
Agentes naturales e indispensables de la
DIGESTION
12 años de éxito
contra las
DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTÓMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAQUECIMIENTO, CONSUMION,
CONVALESCENCIAS LENTAS,
VÓMITOS...
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

Premiados en 20 exposiciones. **CHOCOLATES** Premiados en 20 exposiciones.
DE MATIAS LOPEZ
Oficinas en Madrid, Palma Alta, 8.—Gran fábrica en el Escorial
Cafés, Tés, Sopas, Pestillas napolitanas, Bombones finísimos de chocolate y dulces, de los más ricos que se elaboran en París. Inmenso y variado surtido de cajas finas á propósito para regalos, bodas y bautizos.

La ETERNA BELLEZA de la PIEL obtenida para el empleo de la
PERFUMERIA ORIZA
de L. LEGRAND, Proveedor de la Corte de Rusia.

BEAUTÉ ET JEUNESSE
CRÈME-ORIZA
DE
NINON DE LENCLOS
LEGRAND, PARFUMEUR
Fournisseur de plusieurs Cours
207, RUE S^t HONORÉ, PARIS

Esta CREMA suaviza y blanquea la PIEL y le da la TRANSPARENCIA y la FRESQUERA de la JUVENTUD. Hasta la edad la más adelantada PRESERVA IGUALMENTE el rostro del ECHOIRNO, de las Manchas de Rojez y de las Arrugas.

DANS TOUTES LES PARFUMERIES DU MONDE

ORIZA-LACTÉ
LOGION EMULSIVA
Blanquea y refresca la piel. Quita las manchas de rojez.

ORIZA-VELOUTÉ
JABON segun el Dr. Reveil
Lo mas suave para la piel.

ESS.-ORIZA
Perfumes á todos los ramilletes de flores nuevos. Adoptados por la moda.

ORIZA-VELOUTÉ
PÓLVO de FLOR de ARROZ adherente á la piel. Dando el Aftelpado del molocoton.

Deposito principal: 207, calle San-Honoré, Paris.

Exposition Universelle 1878 Médaille d'Or. Croix de Chevalier
LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS
PERFUMERIA ESPECIAL
LACTEINA E. COUDRAY
Recomendada por las Celebridades medicas de Paris, para todas las necesidades del Tocador.

PRODUCTOS ESPECIALES:
JABON de LACTEINA para el Tocador.
CREMA y POLVOS de JABON de LACTEINA para la barba.
POMADA á la LACTEINA para el cabello.
COSMETICO á la LACTEINA para alisar el cabello.
AGUA de LACTEINA para el tocador.
ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello.

ESPECIALIDADES:
ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.
POLVOS y AGUA DENTÍFICOS de LACTEINA para embellecer la dentadura.
CREMA LACTEINA llamada raso del cutis.
LACTEINA para blanquear el cutis.
FLOR de ARROZ de LACTEINA para blanquear el cutis.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA: **PARIS, 13, rue d'Enghien, 13, PARIS**
Deposito en casa de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de España y ambas Américas.

PARA CONSERVARSE JÓVEN
NO HAY procedimiento más higiénico que la **LISMUKROCINA**, nuevo preparado de bismuto de la Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre, Paris, que sirve para devolver al pelo sus primitivos matices, incluso á la raíz, sin alterar el cuero cabelludo.

LA CREMA **EPILEINE** es un nuevo producto de la Perfumería Exótica, 35, rue du 4 Septembre, Paris; quita insensiblemente el vello de la cara, como el AGUA **EPILEINE** (5 francos el bote) quita el de los brazos y las piernas.

DESCONFIAD de las Falsificaciones. El ANTI-BOLBOS embellece á las más bellas, suprimiendo, sin dejar señales en el rostro, los puntos negros que afean la nariz, la frente y la barba, ó alteran la lozanía de los cutis más tersos.

PERFUMERÍA EXÓTICA, 35, rue du 4 Septembre, Paris.

COMPañIA COLONIAL
Diez y ocho medallas de premio.
Tres primeros premios en Filadelfia
CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS Y BOMBONES.
Deposito: Mayor, 18 y 20. Sucursal, Montero, 8.—Madrid

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÉS et C^{ie} B^e St-Denis, 26

CONTRA
los Resfriados, la Gripe, la Bronquitis y las Irritaciones del Pecho, el JARABE y la PASTA pectoral de NAFE de DELANGRENIER tienen una eficacia cierta y afirmada por los Miembros de la Academia de Medicina de Francia.—Como no contienen Opio, Morfina ni Codeína, pueden ser dados, sin temor alguno, á los Niños atacados por la Tos ó la Coqueluche.
Se venden en **PARIS, 53, rue (calle) Vivienne.**
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO.

AL BELLO SEXO
DEPILATORIO
Este auxiliar del tocador, es indispensable cuando se desea extinguir el vello. Una sencilla aplicación de cuatro ó cinco minutos, son suficientes para hacerlos desaparecer, dejando la region depilada **TERSA y LUSTROSA**, sin producir la menor molestia, manchas ni excitacion en el cutis más delicado. A cada frasco acompaña un detallado prospecto. Precio: 3 pesetas frasco. Depósitos en Madrid: Farmacias R. Hernandez, calle Mayor, núms. 27 y 29, y Serrano, 14.
—En Alicante: Mayor, núm. 22.

SOCIEDAD GENERAL
DE
ANUNCIOS DE ESPAÑA
Esta Sociedad ha trasladado sus oficinas á la calle del
Cármén, 18, primero,
donde sigue admitiendo anuncios, reclamos y sueltos para los periódicos de Madrid, provincias y extranjero.

REVISTA POPULAR DE CONOCIMIENTOS ÚTILES
SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.—PRECIO: 40 RS. AL AÑO
Dirección y Administración, Doctor Fourquet, 7, Madrid.

AGENCIA DE PUBLICIDAD
HISPANO-AMERICANA
71, RUE DE RENNES, 71--PARIS

Esta Agencia se encarga de procurar anuncios de productos franceses, á todos los periódicos españoles y americanos que le remitan números de muestra, siempre que los precios sean arreglados. También se encarga de hacer suscripciones á todos los periódicos de Europa, sin ninguna comision, con tal que se le remitan fondos adelantados.

La correspondencia debe dirigirse al Director de la Agencia de PUBLICIDAD HISPANO-AMERICANA.
71, Rue de Rennes, PARÍS

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion, recibirán el **FIGURIN ILUMINADO**, y las de 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a, el patron cortado.
Editor-proprietario **GREGORIO ESTRADA** Tip. de G. Estrada; Doctor Fourquet, 7. Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.